

EL CASTELLANO

SEMANARIO CATÓLICO

Puntos de suscripción.

Guadalajara.—D. Tomás Ruiz del Rey, Colegio de Huérfanos de la Guerra.
Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,06
Idem atrasado..... 0,10

Pago adelantado.

IMPORTANTE

Advertimos á los señores suscriptores, que desde el 1.º de Septiembre dejarán de recibir el periódico los que no estén al corriente con esta administración, y que para entonces publicaremos una lista de *morosos* con sus correspondientes comentarios.

PROGRESO Y MISERIA

No ha sido el *retrogrado* Brunetière, el insignificante escritor que anunció la bancarrota de la ciencia, sino un yaqui de ideas *progresivas*, un yaqui más avanzado que Bebel, más radical que Bakounine y más revolucionario que Gorki, el que ha puesto en la picota al progreso moderno.

Enrique George—que así se llama—ha estudiado detenidamente uno de los más arduos problemas que hoy agitan á la sociedad y ha concluido por decir.....—señores progresistas, escuchad, que la cosa es *oatpendal*—que la causa de la miseria y del hambre que hoy padece la sociedad, es..... el *progreso material* conquistado por los pueblos.

Así, con esta valentía, con esta resolución, con esta *validez*, destruye de una plumada la más *gloriosa* de las conquistas modernas.

Pero escuchemos las palabras del atrevido pensador, que valen la pena de ser conocidas: «Nos encontramos ahora con hechos que no dejan la menor duda á una total decepción. De todas partes del mundo civilizado llegan manifestaciones de abatimiento industrial; trabajadores condeudados á involuntaria ociosidad; capital acumulado é inútil; crisis monetaria entre la gente de negocio; escasez, sufrimiento y congoja entre la clase obrera. Hay afique al mundo la pena mortal, la aguda y cruel angustia que llevan consigo las palabras «malos tiempos» para las grandes masas. Tal estado de cosas, común á pueblos tan diferentes en situación, en instituciones políticas, en sistemas fiscales y de hacienda, en densidad de población y en organización social, no se puede atribuir á causas locales. Hay crisis donde se mantienen grandes ejércitos permanentes, pero también las hay donde el ejército permanente es nominal; hay crisis donde tarifas protectoras encadenan y arruinan el comercio, pero también existen donde el comercio es casi libre; hay crisis bajo el dominio de los gobiernos autocráticos, pero también donde el poder político está en manos del pueblo por completo. Evidentemente existe una causa común.»

Hay una causa común, observa es lo que llamamos *progreso material*. Se observa que los fenómenos agrupados bajo el nombre de crisis industrial son únicamente ampliaciones de fenómenos inseparables del progreso material y que se muestran con más claridad y fuerza á medida que éste aumenta. Donde las condiciones, hacia las cuales tiende siempre el progreso material, están más desarrolladas, allí hallaremos la extrema pobreza, la lucha por la existencia más violenta y la más forzosa ociosidad.

A medida que el país realiza las condiciones á que aspira todo el pueblo civilizado, la pobreza toma más negro aspecto. Los vagos vienen con las locomotoras. En calles alumbradas por gas y vigiladas por agentes de policía uniformados, los mendigos acechan al viajante, y á la sombra de los colegios, bibliotecas y museos, se congregan ya los hueros terribles y los vándalos más feroces profetizados por Macanlay. En medio de las mayores acumulaciones de riquezas hay hombres que mueren de hambre y niños pequeños que chupan senos infundados, y en todas partes la codicia de ganancia, el culto á la riqueza, muestra la fuerza de la miseria ó el

mielo que se la tiene. La tierra prometida huye de nosotros cual espejismo.

Los frutos del árbol de la sabiduría se convierten en cogelros en manzanas podridas que se deshacen al tocarlas.

Este consorcio de la pobreza con el progreso es la sentencia oscura de nuestros tiempos.»

«Qué confesión tan abrumadora! Como una losa de plomo caera sobre la conciencia de los progresistas. Haber acariciado durante largo tiempo, contenido en un solo ideal todo lo que constituía el bienestar del pueblo, haberlo echado todo abajo,—tradiciones, creencias, leyes, costumbres, moral—haber hecho revoluciones y derramado la sangre del pueblo por salvar una sola cosa, el *progreso*, y encontrarse ahora que este ídolo ha venido á tierra, que no sirve para lo único que podría servir, para proporcionar la felicidad social, que la *tierra de promisión huye de nosotros cual espejismo*..... decididamente este Enrique George es un hombre cruel, cruelesimo á fuerza de sincero. Los progresistas hubieran preferido seguir en el engaño antes que dar su brazo á torcer. Esto de cautar la paliudicia, decir lisa y llanamente «me equivoqué» es muy duro para un amante del progreso.

Pero hé aquí una cosa más estupenda todavía.

En el momento de anunciarse la bancarrota del progreso, un *retrogrado*, un pobre ocurantista, va á salir á la defensa del progreso material, va á ponerse frente á frente á Enrique George y á salir por los fueros del progreso.

Enrique George, lleva razón en parte, y su parte no la calumnia el progreso material—¿a que no esperabais esta salida, señores progresistas?

George lleva razón cuando habla de los efectos, es decir, de la miseria actual, desarrollada precisamente en los pueblos más civilizados (á la moderna); pero no acierta cuando afirma que todo se debe al *progreso material*. La miseria no es producida por el progreso material, sino á *pesar* del progreso material, que no es lo mismo.

El progreso material, en sí, es bueno—lo ois bien—es bueno, es un don de Dios; no hay por qué anatomizarlo; todo cuanto tiende á mejorar la condición humana, todos los descubrimientos que la inteligencia alcanza, el vapor, la electricidad en todas sus manifestaciones, penetrar en las leyes de la naturaleza, conocer sus secretos y sacar de ellos las mayores ventajas para la humanidad, todo eso es laudable, todo lo aceptamos nosotros los calumniados ocurantistas, todo lo acogemos con entusiasmo.

No está, en eso el mal, como cree Enrique George; el mal está en los malos principios sembrados por la revolución; el mal está en que deslumbrados los hombres con el brillo de esos descubrimientos, creyeron, en mal hora, que, únicamente con ellos, podían ser felices y derribaron los principios de moral en que la sociedad se apoyaba; la causa de la miseria está en que desligado el hombre del divino Decálogo, riudió culto á la riqueza, y apartada la vista del cielo, se creó el pauperismo y la horrible lucha por la existencia.

No es la locomotora la que trae la miseria, ni engendra vagos—¡pobre locomotora!, ¿qué mal puede ella hacer?—es ese pequeño órgano corrompido que algunos hombres llevan en el pecho, ese miserable corazón dominado por la codicia, el que tiraniza á los mortales.

Cuando se dijo: «No hay más Paraíso que el de aquí abajo», se hizo de la tierra una casa de fieras; cuando se exclamó: «¡No hay Dios!» quedó el hombre herido de muerte en su inteligencia, en su corazón..... y..... hasta en su estómago!

No hay que rechazar el progreso material, sino las perversas doctrinas; hay únicamente que apoyar el progreso en la base sólida y segura del divino Decálogo.

Del consorcio de la moral con el progreso material puede venir un gran bien.

EL RESORTE DEL JUGUETE

—Padre, aquel gran caballo de madera que por la habitación solo corría, en pedruzcos he roto el otro día por saber qué resorte lo moviera.

—¿Y has hallado el resorte? —Nada hallo.

—¿Y después de trabajo tan penoso, qué ha conseguido al fin tu afán curioso? Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

Ha procedido al cabo tu inocencia como los hombres, que en su afán profundo el secreto motor que anima al mundo quieren hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete en cien pedruzcos lo rompí en tu mano; así también el pensamiento humano quiebra lo que á su imperio es sojeto.

Descomponiendo va pieza por pieza el mecanismo oculto de la vida, y sin hallar la máquina escondida rompe la forma, mata la belleza;

y cuando el hombre, de su afán vasallo, cumplido juzga su deseo arduo, se queda como tu pobre inocente con su antigua ignorancia y sin caballo.

Manuel de la Revilla.



Crónica social.

La reciente excursión á las provincias de Andalucía realizada por el Ministro de Agricultura, no ha confirmado una vez más la importancia que el problema agrario viene adquiriendo en aquella región, y como si fuera reflejo del mismo, el conflicto público, más ó menos agudo, que allí se reproduce todos los años. Ciertamente este podrá conjurarse, por ahora, con los famosos créditos extraordinarios concedidos al Conde de Romanones, pero en adelante requiere ardua labor, no así, como asegura el Ministro, las tierras y las almas han caído en una completa ruina. Las almas podrán levantarse, según frase ingeniosa y proverbial del Cardenal Monseñor, con pedruzcos de pan que puede y debe dar el Estado, y con hojas de Catecismo que distribuye la Iglesia cuando no se la piden; pero las tierras no florecerán sin energías reactivas que, adecuadamente aplicadas, venzan los obstáculos que actualmente se oponen á su nuevo florecimiento.

En los muchos folletos y memorias que sobre el problema agrario en Andalucía hemos podido leer, se demuestra que el mal que aqueja á los pobres de las campiñas meridionales radica principalmente en la mala y anacrónica distribución de la tierra. Hay que reconocer, en efecto, que la excesiva acumulación de la propiedad territorial, en cuanto que permanece en su mayor parte inculca, no llega á cumplir los altos fines sociales que, sin duda, le ha designado la Providencia, y de ordinario representa una amortización odiosa de la riqueza social que debiera ser debidamente beneficiada en provecho de todos, evitando así la desorganización de innumerables familias que emigran ó se lanzan tras las halagüeñas esperanzas con que les brinda el socialismo. Mucho podía hacerse fomentando y cultivando los baldíos y eriales que ocupan el 46,80 por 100 del suelo laborable, que revela por sí solo la incuria y abandono en que los grandes terratenientes tienen sus haciendas.

Otro de los graves defectos que ofrecen las grandes concentraciones de la propiedad territorial, es el absentismo de su dueño, plaga terrible muy extendida en Andalucía y Extremadura, y algo en la provincia de Toledo, que, robando para el lujo y las diversiones de la ciudad las riquezas que debieran permanecer y emplearse en los campos, empobrecen y consumen los verdaderos intereses agrarios. El dueño que vive alejado de sus fincas y las deja en manos de un administrador ambicioso y sin conciencia, no cumple con uno de los principales

deberes que le impone la memoria de sus antepasados, quienes verían con gusto á sus sucesores estrechamente ligados al patrimonio de la familia. Ni cumple con sus deberes sociales, porque derrocha en una vida de disipación y siberitismo el capital que está obligado á conservar íntegro y las rentas que debe dividir equitativamente con sus próximos necesitados. No debiera olvidarse nunca aquella sentencia de Stuart-Mill: «Si la propiedad de la tierra no es útil, es injusta.» Porque como afirma Sanz y Escartín: «Ni la ciencia ni las prácticas de los Estados admiten ya el carácter absoluto de la propiedad individual, sino que, por el contrario, cada vez se reconoce más su aspecto social, sobre el cual se fundan esos deberes que la Religión y la filosofía han prescripto siempre á los poderosos.»

Claro es que no podemos referirnos á esos latifundios, cuyos propietarios se desvelan por dedicarle su capital y su talento, y por sacar de ellos los beneficios innumerables que prometen las diversas clases de cultivo con todos los recursos maravillosos que pone á su alcance la maquinaria moderna. Nuestras censuras van dirigidas contra los latifundios que no se cultivan ó se cultivan de una manera imperfecta, sin otro objeto que el de procurarse las rentas necesarias para vivir cómodamente y sin otra utilidad para el país en que el predio está enclavado que el empobrecimiento y la miseria.

Otra causa hay, además, que origina en Andalucía y fuera de ella, en Toledo, por ejemplo, el mal estado en que se encuentra la industria agrícola. El arrendamiento á plazo brevísimo, cinco ó seis años; sistema que produce dos efectos igualmente desastrosos para la propiedad rural: el esquilmaniento de la tierra, por el interés del arrendatario en sacar de ella los mayores provechos en el plazo más corto de tiempo, y la ambición de los propietarios, que les estimula á elevar mas y más las rentas de sus fincas. Los perjuicios que suelen ocasionar á la agricultura esta clase de arrendamientos, fueron sintetizados por Joung en frases de todo el mundo conocidas: «Dad á un hombre la posesión de una roca desierta y la convertirá en jardín; dadle arrendado por nueve años un jardín y lo convertirá en un desierto.»

Es preciso, dice á este propósito un diario católico de Madrid, fecundar los terrenos estériles y labrar los baldíos, transformar los cultivos y la manera de hacerlos, estudiar las transformaciones posibles de la propiedad, ó al menos del usufructo de ella, promover y difundir el crédito agrícola; pero todo ello será imposible é ineficaz, si propietarios y obreros no tienen amor al trabajo, si no procuran el ahorro como defensa é impulso progresivo de la vida, si no se robustecen, en una palabra, los principios morales, fuentes de virtud que se reflejan en todos los aspectos de la vida..... Estos son los reactivos que hay necesidad de aplicar al mal.

H. González.



Sección Mariana.

«Pecador, no desconfíes, aunque hayas cometido todos los pecados imaginables: si no seude á María y verás sus manos llenas de misericordia, y conocerás por experiencia que es mayor su deseo de usarlas contigo que el tuyo de recibirlas.»—(F. Bernardino de Bustos)

«Así como para tomar á Betulia mandó romper Holofernes las cesterías que iban á la ciudad, así el demouio para apoderarse de las almas procura que pierdas la devoción á Nuestra Señora, y si lo consigue tiene hecho lo demás.»—(S. Bernardo.)

«Todo el que aspire á conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en su tello, porque en éste se halla la flor y en la flor á Dios; de suerte que no encontrará nadie á Jesús sino por medio de María.»—(S. Buenaventura.)